

Murillo, el más famoso pintor de ángeles, se ve envuelto en una oscura trama en la devota y turbia Sevilla del siglo XVII

# EL COLOR DE LOS ÁNGELES

EVA DÍAZ PÉREZ



Eva Díaz Pérez



El color de los ángeles

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Eva Díaz Pérez, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: mayo de 2017

Depósito legal: B. 7.592-2017

ISBN: 978-84-08-17112-6

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## ÍNDICE

---

### VELADURAS

Azul de ultramar .....	11
La sanguijuela de Bartolomé .....	22
La tormenta .....	32
La riada del Guadalquivir .....	39
El sueño de las Indias .....	47
Un bodegón en las orillas .....	57
La jícara de plata .....	63
Magdalena arrepentida .....	67
Un retrato en la mancebía .....	71
Sombras en el obrador .....	77
Místicos en el quemadero .....	80
Una quinta de recreo .....	88
La peste .....	97
El doctor Sigüenza .....	105
Los dolientes .....	111
Los niños pintados .....	117

### NATURALEZAS MUERTAS

En la villa y corte .....	125
Cena en casa de Velázquez .....	140

La morada de los Murillo . . . . .	147
La Academia de Pintura . . . . .	155
El puerto de los bizarros . . . . .	164
La parturienta . . . . .	176
El niño piojoso . . . . .	184
La saya de Beatriz . . . . .	198
La infancia vagabunda . . . . .	212

## CLAROSCUROS

Toros y cañas . . . . .	221
Jíferos del matadero . . . . .	232
El pintor y su autorretrato . . . . .	238
Un entremés de mariones . . . . .	243
El duque . . . . .	258
Los ángeles mancebos . . . . .	268
Dibujos en el matadero . . . . .	277
Marcela, la de los ojos tristes . . . . .	283
Un mozo galante . . . . .	292
Trampantojos en la Caridad . . . . .	299
Los caballeros que miran . . . . .	311
La fuente de la Feria . . . . .	316
Los corchetes . . . . .	325
El esclavo del lienzo . . . . .	329
Rodrigo, el buen discípulo . . . . .	335
El moribundo . . . . .	339
La hora de ánimas . . . . .	342
<i>Agradecimientos</i> . . . . .	347

## AZUL DE ULTRAMAR

---

Sus cuadros respiraban. Parecía que una extraña ánima reposara en las imágenes volviendo rosadas las encarnaduras, como si por dentro corrieran las sangres. Sí, desde luego que había vida en las figuras. Incluso a veces había creído ver un mínimo movimiento, una rebeldía en las posturas y los gestos de los personajes. No era un efecto óptico provocado por el aire pintado que recorría el lienzo. Ése era un truco fácil, un astuto trampantojo que conseguía al aplicar blanco de albayalde para rodear las figuras creando así transparencias y veladuras en contraste con el espacio más oscuro del fondo. ¿Realmente respiraban? ¿Era cierto eso que decían de que lograba crear la vida con pigmento y resinas?

Murillo aparta de su pensamiento las absurdas fantasías. Es tan grande su fama que, a pesar de ser hombre humilde, sencillo y comedido, le asalta en ocasiones un orgullo impropio de cristiano. ¿Acaso se creía un dador de vida como Dios? ¿O pensaba que su arte estaba dotado de una divinidad capaz de insuflar alma a lo que pintaba?

Suspira.

Dentro del taller huele intensamente a bosque de Indias. ¿Quizás otra fabulación? ¿Cómo es posible si aquellos paisajes de ultramar están a miles de leguas de travesía? Pero, en efecto, ése es el aroma que tienen los obradores de

los maestros que trabajan en Sevilla, un olor característico que sorprende a los que vienen de otros lugares. La razón es sencilla. Allí se acumulan marcos, bastidores, armarios para pinturas y arcones hechos con maderas de las nuevas tierras. Árboles extraños que llegan al puerto para transformarse en los objetos que rodean la vida. Cedros de Indias convertidos en bargueños que custodian los contratos de las obras, caobas y palisandros que dejan su olor de maderas preciosas en los lienzos o la butaca de palo de Campeche en la que Murillo descansa su maltrecho cuerpo. En realidad, es un olor a océano y a bosques que recuerda de mucho tiempo atrás y que relaciona siempre con el arte de la pintura. Un perfume áspero y fragante que se remonta a su juventud, cuando era mozo aprendiz en el taller del maestro Juan del Castillo en la plaza del Pozo Santo. Maderas de Indias que impregnaban de un aire balsámico también su primer obrador, cuando pasó de ser oficial a pintor de muy celebradas escenas sagradas.

—No olvides nada de lo que te he enseñado, Bartolomé —le había dicho su maestro poniéndole una mano en el hombro mientras le asomaba a los ojos la melancolía que había intentado enseñarle a pintar—. Estoy seguro de que serás un digno servidor de la pintura. Yahora..., ¡id con Dios, maestro Murillo!

De su buen maestro Juan del Castillo recordaba sus ojos zarcos, la voz templada y las manos grandes. Le costaba a veces pintar las cosas pequeñas porque el pincel se le perdía en los dedos de gigante. Murillo se ocupaba entonces de perfilar los detalles mínimos del cuadro. Y pronto destacó por su habilidad para llenar de color los objetos.

—Si no te hubiera visto con mis propios ojos, habría jurado que esa pincelada la había dado el mismísimo arcángel

san Gabriel —le dijo un día mientras el joven aprendiz pintaba una mano de la Virgen.

La primera fama le había llegado con el encargo de los frailes del convento de San Francisco, aquellos lienzos en los que narraba con primor desconocido las historias fantásticas y milagrosas de varios hermanos franciscanos. Esa serie le dio gran celebridad. Ningún artista había pintado de tal forma el color, pues parecía que un vapor místico saliera de las imágenes. Sorprendió también que en las escenas no hubiera martirologios ni tormentos, ni sangre derramada, ni carnes santas ardiendo en calderos, como tanto gustaba en el siglo. Tal vez aquel joven maestro se anticipaba a lo que había de venir y pintaba para ojos que aún estaban por nacer. Pronto fueron muchos los que aplaudieron esa religiosidad amable que hacía sonreír y animaba a seguir el ejemplo de aquellos cristianos de los libros sagrados. Creían que aquel mozo artista había pintado el bálsamo dulce y sanador para aliviar este tiempo donde sólo parecían criarse la desgracia y la amargura.

Murillo aspira ahora el bosque de Indias que se esconde en los muebles de su obrador: ese fabuloso mundo que llega en los cargamentos de la flota de Tierra Firme. Allí están también las salseras con los polvos de cochinilla de las tierras exóticas que esperan su turno para convertirse en arrebol de carne de ángeles. O los cuencos en los que reposa el famoso azul de cenizas de Sevilla, que en realidad es azurita de las minas de Nueva España. Un azul que ya se impacienta por ser el color del gracioso manto de Nuestra Señora.

Esos colores también respiraban, cambiaban de matiz, envejecían. Lo había observado desde hacía años y ya no tenía ninguna duda. Los pigmentos tenían vida, se oscurecían o amarilleaban como si lentamente el tiempo se adentrara



en el vientre de los lienzos. En sus últimas pinturas, que parecían llenas de una luz mortecina, había un color de bronce viejo que él no había buscado. Un matiz inquietante que simulaba dormir bajo la piel de las figuras. Una luz anciana, de color cansado, que se hubiera sentado a reposar, a descansar y ver pasar la vida lentamente. Como pronto esperaba hacer él mismo.

Bartolomé Esteban Murillo es un hombre de más de sesenta años, pero sigue trabajando a pesar de su edad y de los achaques que padece por culpa de una quebradura vieja en la barriga. Un sufrimiento que le hace recibir a maese Sigüenza en demasiadas ocasiones para que le aplique purgas y sangrías y le prohíba hacer esfuerzos. Desatendiendo al médico, Murillo está decidido a rematar su último encargo: el grandísimo lienzo que colgará del retablo de los Capuchinos de Cádiz.

—¡Estáis loco! ¿Cómo vais a pintar desde semejante altura? ¿Habéis pensado en qué ocurrirá si os caéis? —le había advertido maese Sigüenza al ver cómo construían un andamio en el obrador.

Murillo está harto de los consejos y remedios del hernista. ¿Para qué tuvo que recordarle que es un viejo, un pintor torpe al que le tiemblan las manos? Aunque Sigüenza tiene razón, a qué negarlo. Murillo tiene que sentarse a descansar a menudo en su butacón de Campeche y debe disimular sus dolores y mareos ante sus ayudantes.

Pero debe continuar, cumplir con sus encargos. En el fondo, los malestares de viejo le asaltan sólo en ocasiones. Otras veces, por ejemplo cuando tiene que enfrentarse a un lienzo en blanco, se siente joven y fuerte. Se recuerda como el mozo que pintaba colores atrevidos en el obrador de su maestro.

—¿Estás seguro de que ese rojo es color apropiado para el manto de Nuestra Señora, Bartolomé? —sonaba la voz de Juan del Castillo ante las osadías de su joven discípulo.

Y esta mañana de intenso olor a bosque de Indias está dispuesto a terminar la esquina de gloria de los *Desposorios de santa Catalina*. Busca desde hace varias jornadas el azul místico. Él, que es el maestro de los azules, el artista que ha pintado como nadie los mantos de Inmaculadas y los cielos del paraíso, no encuentra el azul exacto para este cuadro. No ha conseguido componerlo y rechaza el engaño de las azuritas y el lapislázuli. Hasta ha aplicado el blanco de plomo con aceite de nueces para labrar un azul claro. Bien sabe que con el tiempo el azul se oscurece hasta hacerse casi negro de humo.

Murillo es un maestro consumado en pintar el tiempo. Y quizás por eso sus lienzos respiran dotados de una extraña vida. Lo ha visto en sus cuadros del convento de San Francisco, los que le dieron gloria y fama en su juventud. Paseando por el claustro donde estaban colgados adivinó la oscuridad tenebrosa de las horas. La fugacidad y lo caduco se escondían en las pinturas. Al principio pensó que se debía a que en aquel claustro el sol del verano y el frío del invierno iban hiriendo el color de las pinturas. Pero, no, hay un matiz que sólo pueden distinguir ciertos ojos adiestrados. Murillo ha visto una tiniebla agazapada en sus primeras pinturas. Es una bruma que se instala poco a poco como una herrumbre, una invisible lepra que devorara el alma del lienzo. En cierto modo, le recuerda el aspecto arrasado de los cuadros de los maestros del pasado. Y teme que ese color macilento, como de cosa enferma, termine por contagiar toda su obra hasta que se borre como si nunca hubiera existido.

Intenta espantar los malos pensamientos y regresar a su obsesión por el azul de los *Desposorios*. Ayer tuvo una idea: mezclar el pigmento con agua del mar de Cádiz. Ya lo había hecho con la del Guadalquivir en algunos de sus cuadros. Era un pequeño secreto. En sus pinturas añadía agua del río y barro para que cada lienzo llevara el recuerdo de la ciudad en la que se había pintado. Tal vez por eso sus cuadros respiran y están llenos de vida como el paisaje de un río en tránsito hacia el océano. Aunque puede que esa agua putrefacta y hedionda del gran río Betis, dulce y salitrosa por la cercanía del mar de Sanlúcar, sea la causa del color quebradizo que descubre ahora en todos sus lienzos.

Murillo recuerda que siendo muy joven recorría las riberas del Guadalquivir con otros aprendices del taller del maestro Juan del Castillo. Acudían después de la marea, cuando al retirarse las aguas el barro seco se quebraba como tejuelas. Entonces lo guardaban en unas cestas de mimbre para llevarlo al obrador.

—¡Barro de Sevilla! ¡Llevamos barro de Sevilla! ¡A un real la arrobaaaa! —iban coreando entre bromas mientras quequebraban a las mozas que se cruzaban en el camino.

El barro de Sevilla... Aquel fango que era el primer olor de los cuadros. Tierra que olía a río y que convertían en una pasta untuosa añadiendo conchas molidas. Su juventud está llena de ese barro que había que aplicar con paciencia en las imprimaciones de cada lienzo y que dotaba de un intenso claroscuro a las escenas sagradas. Barro que servía para crear la penumbra de las historias antiguas, la sombra fresca de los interiores, los claustros umbríos en los que tienen lugar los milagros. Era curioso que dentro de un cuadro se escondiera tierra regada por un río que olía a mar. Un cauce que llevaba en su memoria el relato de los navíos y galeras que arribaban desde el Nue-

vo Mundo con sus historias de naufragios, temporales y extraños horizontes de lejanas orillas. Un Guadalquivir oculto en el lienzo, con sus aguas llenas de muertos e inmundicias que reflejaban como un cristal azogado la ciudad de sombras y luces, de plata y de muladares.

A Murillo le obsesiona encontrar para este cuadro el azul atlántico de la hermosa Cádiz. Pero ¿de qué color es el mar? Los marineros que llegaban de las Indias decían que lo habían visto de colores rojos y grises o casi negros, como si fueran aguas muertas. Qué pavor pintar un mar sin vida. Por eso no ha podido dormir pensando en ese azul de ultramar. Ni siquiera aguarda a que lleguen los oficiales y aprendices al obrador y decide subir para rematar el detalle de la escena celestial. Entonces recuerda las palabras de Sigüenza y todo su cansancio de hombre viejo. No debería hacer el trabajo solo, pero no puede esperar a que vengan sus ayudantes y asciende con cuidado por la escalera construida en el andamio. Lleva la paleta, los pinceles y un cuenquillo con el pigmento azul, así que sólo puede agarrarse a la barandilla con una mano.

Antes de llegar arriba percibe que tras la Virgen hay un vapor de aire pintado de forma imperfecta por alguno de sus oficiales. Está harto de que no presten atención y de que sean perezosos y descuidados en sus tareas. Ahora no puede detenerse a corregir el detalle, pero memoriza el color para que lo preparen luego: ancorca de Flandes para veladuras.

—Ese amarillo, aplicadlo cuatro veces, para que el tiempo tenga a qué agarrarse —decía, porque desde que había visto cómo respiraban sus lienzos tenía miedo de que los años desgastaran la pintura, que erosionaran la materia hasta llegar a la mancha imprecisa de la primera pincelada.

Murillo reza mientras sube cada peldaño de la escalera

del andamio. No hay mucha altura, pero se estremece sólo de pensar en cómo quedarían sus baldados huesos si perdiera pie y resbalara. Con extremo cuidado y lentitud llega por fin arriba. Se asegura de que las tablas están bien colocadas y de que no hay cuencos ni trapos que puedan hacerle tropezar. La subida le ha cansado. Deja a sus pies la paleta, los pinceles y el cuenco con el azul de ultramar.

Se acerca a la esquina del lienzo donde está el trozo de gloria que quiere pintar con vapores azules, pero no aprecia bien los detalles. Apenas entra una vaga luz por la ventana del taller. Ha amanecido un día nublado, una de esas mañanas de frío blancoceniza del mes de enero que él ha pintado en muchos de sus cuadros. Ahora lamenta no haber cogido su sayo de lana. Hace frío en el obrador porque es norma dejar una ventana abierta para que no se acumulen aires corruptos de los aceites, líquidos viciados y ungüentos ponzoñosos que allí se guardan.

Murillo se frota las manos heladas y, aunque no consigue entrar en calor, decide impaciente tomar la paleta. Observa con detenimiento las tonalidades del resto del cuadro y confirma satisfecho que los toques de luz están bien resueltos gracias al pigmento principal.

—El albayalde... ¡El albayalde es el pan de la pintura! —habla a solas recordando la letanía que suele repetir a sus discípulos.

Albayalde, el milagroso color que, mezclado con ocre y sombra, vuelve tostadas y curtidas las pieles de los anacoretas. La carne de los santos que sufren suplicios por la inclemencia de los soles salvajes. El mismo blanco que, unido al bermellón, nutre la piel rosada de miel de los ángeles. Esa pincelada de color que había creado la leyenda de que el maestro Murillo pintaba con sangre y leche, de forma tal

que parecía que se pudiera mojar bizcocho en las pieles arboladas. Esa carne blanca y dulce le trae buenos y malos recuerdos. La piel tierna que olía a leche tibia de sus hijos cuando nacieron y él quiso pintarlos nada más salir del vientre de su bienamada Beatriz. Pero también la piel que pintara en su sueño loco su discípulo más querido. Hace muchos años de aquel mal asunto, pero esta mañana fría de enero el maestro evoca la carne rosada de sus ángeles pintados y reza una plegaria por el discípulo, ángel caído al que espera que Dios, en su infinita misericordia, haya perdonado.

—¿Cómo pudiste traicionar mis enseñanzas? ¿No te diste cuenta de que cometías un gran pecado? —dice Murillo en voz alta sorprendiéndose de estar hablando a un fantasma.

El maestro recuerda las buenas horas pasadas con su discípulo preferido y cómo le enseñó todos los secretos del oficio: a dotar de aire humano a las imágenes religiosas y a insuflar dignidad a los miserables, a los pobres, a los enfermos, a los pícaros, a los desgraciados que pintaba del natural en las calles inmundas de la ciudad. También a buscar la verdad en los retratos que le encargaban nobles y mercaderes, mezclando la sinceridad a veces molesta del espejo con el arte del fingimiento.

Y así, en su memoria, Murillo se remonta al día en el que Rodrigo de Salazar llegó de mozo aprendiz a su taller después de haber pasado una infancia vagando por las calles. Y cómo aprendió a moler los colores que echaba en una cazuelita vidriada.

—Tritura con la moleta y añade luego el aceite de linaza. Y no te olvides de limpiar con miga de pan la piedra de moler —explicaba Murillo.

—Maestro, dejadme romper en escamas el blanco de plomo, que es lo que más me place —contestaba Rodrigo afanoso.

Y Murillo le dejaba que lo hiciera admirándose de su presteza en tarea tan complicada, porque no era propio de su juventud ni de su crianza hacer las cosas con ese exquisito cuidado. Luego subían a la azotea para ver si se habían secado las onzas de trementina y desde las alturas contemplaban juntos los paisajes de Sevilla.

Ahora, desde el andamio, mira la misma ciudad por la ventana y le parece estar hablando con Rodrigo sobre la dificultad que entrañaba pintar en Sevilla por el exceso de luz, que provocaba sombras profundas en el suelo, penumbras ficticias, lumbres falsas, claridades huidizas y tinieblas engañosas.

—Maestro, ¿los ángeles se pintan mejor en verano?

—Las estaciones no tienen nada que ver para eso, Rodrigo. ¿Por qué me haces preguntas tan raras, hijo?

—Porque, si los pigmentos se llenan de sol, saldrá un color más dorado, más de lumbre para esas criaturas del cielo...

Ángeles llenos de lumbre... Lumbre donde arden las carnes pintadas. Murillo se enreda en las luces viscosas del pasado. Está tan distraído que ha olvidado que dejó el cuenco con la pintura azul junto al pie derecho. Tropieza y pierde el equilibrio. Por su torpeza de hombre viejo no puede agarrarse a tiempo a la baranda del andamio y se precipita al vacío. En su caída tiene la intuición de que los ángeles del cuadro de los *Desposorios* y todos los que ha pintado durante su vida saldrán de los lienzos y lo recogerán suavemente en un manto de nubes de gloria para atenuar el golpe. El pintor de la santidad bien merece un milagro. Y mientras cae,

recuerda con terror que no ha hecho confesión y que tampoco ha dictado testamento. ¿Será ésta su última hora?

Suena un ruido terrible en medio del silencio del alba. Gracias a Dios no se ha quebrado la cabeza. Sin embargo, tiene magullado el brazo derecho. Quiere incorporarse pero no puede. Es entonces cuando se da cuenta de que su antigua hernia se ha salido del todo y que el bulto del tamaño de un puño que le presiona la barriga no puede ser otra cosa que sus tripas huidas del espacio natural. Y recuerda la historia de aquel anciano que hace muchos años llegó a la tienda de su padre cirujano-barbero para que le enmendase una quebradura como la que ahora tiene. Después de que su padre le aplicara ventosas y sanguijuelas al anciano, el niño Bartolomé vio por primera vez cómo moría un hombre. Pensando en esto y acordándose de su buen padre, siente el frío de la muerte y se desvanece de dolor, o quizás de miedo por lo que aún está por venir.